

CONVERSACIONES CON EL HUMANISMO LATINOAMERICANO PARA LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XXI

DIALOGUES WITH LATINAMERICAN HUMANITIES FOR THE SOCIAL SCIENCES OF THE 21st CENTURY

Alejandro Benítez Aguilar¹

Resumen

Ensayo sobre la evolución científica contemporánea, que enfatiza el grado y velocidad de la acumulación del conocimiento, destacando la necesidad de valorar y difundir estas actualizaciones entre la comunidad académica de todas las disciplinas, con miras a fortalecer la visión interdisciplinaria. En particular la información sobre el vulnerable estado actual de los sistemas físicos planetarios, base material de nuestros sistemas de producción de todos los bienes y cómo, para fundamentar análisis pertinentes desde las ciencias sociales, el estudio de autores clásicos de las humanidades latinoamericanas provee un marco de referencia de particular utilidad.

Palabras clave

Antropoceno, Límites Planetarios, Interdisciplina, Humanidades Latinoamericanas.

Abstract

The essay analyses the impact of scientific research on today's culture, in order to invigorate the relevance of social sciences and their interdisciplinary approach. The model of Planetary Boundaries of the Stockholm Resilience Centre is commented, as a multidimensional tool to know the current state of biophysical systems on Earth. Given that we live in a new era, the Anthropocene, we require new cultural paradigms to update the social sciences and the study of LatinAmerican Humanities is presented as such an intellectual tool to provide a solid ground and build new cultural models.

Keywords

Anthropocene, Planetary Boundaries, Interdisciplinary Studies, LatinAmerican Humanities

Códigos JEL: A12, A13, Q50,

Este ensayo versará sobre algunos retos que enfrentarán las ciencias sociales, la economía en particular, para fortalecer su pertinencia en las sociedades del siglo XXI, por lo que haremos una descripción de algunos de los rasgos generales de los cambios globales que estamos viviendo y su relación con las aportaciones de

¹ Profesor universitario. Licenciado en Filosofía y Maestro en Estudios regionales en medio ambiente y desarrollo. Universidad Iberoamericana (México).

nuestras disciplinas. En particular enfatizaremos el campo de la economía ambiental y ciencias afines, por su relación con uno de los más acuciantes desafíos globales: las presiones crecientes que sobre la base material de recursos están ejerciendo nuestras civilizaciones a ritmos alarmantes. Para mejor comprensión del tema podremos en perspectiva lo que significó el inicio de la era industrial cuyos efectos se han extendido por más de 250 años. En complemento a la mirada de las ciencias sociales, presentaremos el revivalecimiento que vivieron las humanidades latinoamericanas a principio del siglo XX comentando algunos de sus autores más emblemáticos y cómo este impulso renovador del espíritu humano nos dotó de herramientas intelectuales para comprender mejor los efectos del crecimiento económico desbocado y, más relevante aún, sirven, un siglo después, para dar rumbo a los proyectos de civilización que estamos emprendiendo en los albores del nuevo milenio.

Quienes trabajamos en los distintos campos disciplinares de las ciencias sociales vivimos enfrentados a la imperante necesidad de la apertura epistemológica. Nuestras áreas de estudio se enriquecen constantemente con los enfoques multi e interdisciplinares, al grado que no es pensable ya hacer análisis o prospectiva social sin echar mano de manera habitual de la información provista por las ciencias básicas o los descubrimientos fincados en la tecnología digital. Es la nuestra una era de ominosos presagios y nuevos riesgos globales, pero a la vez maravillosa en sus posibilidades si consideramos la cantidad y calidad de conocimientos disponibles para diseñar mejores futuros, incrementados cada día y a nuestro alcance a través de nuestras pantallas. La palanca para este necesario enriquecimiento epistemológico puede ser la revitalización de un humanismo que acoja los distintos campos del saber para criticar propositivamente los distintos ámbitos del hacer.

Conocimiento para el mundo como es o para el mundo como será

En febrero de 2016 los espacios informativos internacionales dieron cuenta de la confirmación empírica (esto es, medida, pesada, evaluada, parafraseando la cita bíblica del s. I a.C. e interpretada por Rembrandt en 1635) de la existencia de las ondas gravitacionales, captadas por uno de tantos sistemas de la más alta tecnología que están dispersos sobre la superficie terrestre y sirven como extensiones de nuestros sentidos. En este caso, el LIGO (*Laser Interferometer Gravitational-Wave Observatory*), en Estados Unidos, detectó la señal emitida por la colisión de dos agujeros negros, emitida desde las profundidades del espacio hace más de mil millones de años. Un breve trino de 0.2 segundos que fue analizado durante cinco meses por decenas de científicos en distintos países que tras intercambiar información y asegurarse sobre la fiabilidad de los datos y las máquinas, divulgaron al mundo la noticia. De este caso, uno más de los maravillosos ejemplos del grado de evolución científica y tecnológica que hemos alcanzado, destaca que fue la evidencia registrable y medible de un fenómeno que Albert Einstein había descrito teóricamente un siglo antes, usando las matemáticas más avanzadas de su época y que, de acuerdo a lo expresado por

éste físico teórico, las ondas gravitacionales, en todo caso, podían ser estudiadas y descritas, pero no captadas por ningún tipo de tecnología que pudiera crearse.

Imaginemos la escena. Einstein, cerca de los 35 años, haciendo cálculos en una libreta o usando un gis sobre pizarrón, en un despacho con antiguos muebles de madera, olorosos de rancia humedad, como eran los de la mayoría de las universidades y oficinas europeas hace 100 años. Formula y describe, con su imaginación e inteligencia, un fenómeno del universo que logra entender, pero no concibe que pueda ser percibido por los sentidos. Einstein y sus contemporáneos leían solamente libros impresos, nacieron cuando no había automóviles ni alumbrado eléctrico. Alan Turing tenía cuatro años cuando Einstein garabateaba su portentosa matemática de ondas gravitacionales. Es entendible que el físico teórico no pueda pensar en una tecnología como el LIGO, posible gracias a la invención y desarrollo de todos los derivados del circuito integrado que se crearían a partir de 1958.

Estamos ante un didáctico ejemplo de la velocidad del avance en el conocimiento científico. La mayoría de los universitarios, exceptuando los formados en física y matemáticas, no podemos entender cabalmente los desarrollos que están en la base de la teoría de las ondas gravitacionales, pero nuestra cultura nos permite calibrar su significado e impactos para el avance del conocimiento. Por eso se convirtió en una noticia relevante su detección. Sin embargo, detengámonos a considerar esto: fueron descritos y teorizados con lo más avanzado de la ciencia sobre el universo que se disponía hace un siglo. Einstein no podía pensar que un sistema tecnológico como el LIGO, capaz de registrar sonidos que viajaron durante un billón de años, pudiera construirse. Preguntémonos en qué clase de conocimientos podemos teorizar con lo que estamos descubriendo ahora y compartiendo en terabytes de información procesados y compartidos en los circuitos de la red. Y eso vale para cualquier ciencia. Estamos avanzando a una velocidad como nunca antes en la historia y por lo tanto, se hace imperioso ponderar la necesidad de avisar con el mejor despliegue de certezas posibles y dudas razonables, en cómo va a ser el mundo donde viviremos en las décadas siguientes, que serán cada vez más profundamente transformadas por la tecnología que Einstein no alcanzó a imaginar.

Evitemos una comprensible sensación de aturdimiento que surgiría ante la mera idea de las escalas descritas. Asentemos los pies en nuestra vocación de científicos sociales que hemos elegido abocarnos al estudio del universo, igualmente fascinante, de las valoraciones y acciones implícitas y explícitas de las sociedades humanas: nuestra producción y distribución de bienes y servicios, desde los básicos para la reproducción de la vida hasta los intangibles como el entretenimiento, cada vez más presentes en la realidad contemporánea (695 millones de personas vieron en sus hogares la final de la copa del mundo de fútbol en 2014); los arreglos institucionales que soportan el tejido social; la todavía asombrosa riqueza y variedad de expresiones culturales que nuestra especie ha creado, adaptándose a su medio y transformándolo; todos estos vastos campos de estudio han provocado el surgimiento de teorías de cuño y orientaciones

distintas en los últimos doscientos años, como resultado de la Ilustración y su impulso al atreverse a conocer, bajo un marco de referencia epistemológico que podríamos identificar como moderno.

Nuestras disciplinas, que ayudan a la comprensión de lo social, se ven igualmente impelidas a mover sus parámetros que han servido para entender las interacciones humanas durante los primeros 150 años desde el inicio de la revolución industrial, pero que ante los cambios resultantes de la evolución científica y tecnológica, están modificando rápidamente los escenarios y orillan a construir nuevas formas de análisis. Esta es la enseñanza del episodio del registro empírico de las teorizadas ondas gravitacionales. Necesitamos construir, con celeridad, ciencias sociales que nos ayuden a entender cómo van a ser las sociedades del futuro, que van a requerir instituciones y procedimientos distintos a los que hemos usado y aún utilizamos, pero que no serán suficientes en el futuro. Y este cambio pasa necesariamente por el diálogo con otros campos del saber, que hasta ahora habían estado algo lejanos de las fuentes de referencia de las ciencias sociales.

Antropoceno, el verdadero cambio de época

Por primera vez, en la historia de 3,500 millones de años de este planeta que ha vivido profundas transformaciones en su evolución, nos encontramos en una época radicalmente distinta, inédita y a la vez, predecible en muchos aspectos gracias al desarrollo del conocimiento. El ser humano se haya en el centro de estos cambios, pero de un talante sustantivamente diferente a la concepción cultural del antropocentrismo posterior a la Edad Media. En 2000 se propuso el término Antropoceno, acuñado y promovido por Paul Crutzen, premio Nobel de química en 1995, para definir este periodo de la historia en el cual una sola la especie, la humana, ha sido el principal agente de las modificaciones en todo el planeta.

El nombre de Antropoceno se ha propuesto para la etapa iniciada con la revolución industrial, a mediados del siglo XVIII y se continúa hasta nuestros días, con visos de extenderse durante los siglos venideros. Ante la Comisión Estratigráfica Internacional, cuerpo académico responsable de la correcta periodización de las etapas de nuestro planeta, se presentó la propuesta de nombrar al último periodo del Holoceno (desde el 11,500 a.C.) con un término que definía las nuevas características que habían aparecido en el planeta. Y es que el Holoceno, por definición, había sido un periodo de una notable estabilidad climática que hizo posible la creación de los ecosistemas y la biodiversidad más variados en la evolución de la Tierra. También permitió que los grupos humanos, que hasta entonces se habían visto forzados durante milenios a moverse para subsistir, permanecieran en lugares fijos por más tiempo. La estabilidad climática y el florecimiento de la biodiversidad fueron las condiciones para el surgimiento de la agricultura y por lo tanto, de la civilización.

En los 10,000 años siguientes construimos todo lo que somos. Nuestro arte, creencias, instituciones, símbolos, ciencia y tecnología. Y en un punto muy específico de este derrotero, cargado de todas las contradicciones e impulsos de lo que significa ser humano, como resultado de la evolución de las condiciones muy particulares que se dieron en Inglaterra y de ahí se extendieron a Europa y el mundo, inició el proceso de industrialización. Este tema sí ha sido rica fuente de estudio para la economía y las ciencias sociales. De hecho son hijas de este proceso, en su forma moderna de ciencias, pero lo que estaba empezando también, la base argumentativa del Antropoceno como nueva categoría en la escala geológica, modificaría no solo las instituciones humanas, sino la base material de la vida, a una velocidad nunca vista.

Químicos como Crutzen, en concordancia con los descubrimientos de físicos, geólogos y biólogos, han documentado que la estabilidad ambiental que caracterizó al Holoceno (las propiedades del planeta como tal) comenzó súbitamente a modificarse, en consonancia con el desarrollo de la industrialización. La innovación tecnológica que propició el cambio en los modos de producción y por lo tanto, la intensificación del uso de recursos naturales y la modificación de los patrones de asentamientos humanos, inició ciclos cada vez más acelerados de alteraciones que, al principio fueron poco perceptibles pero por efecto de acumulación han ido superando la capacidad natural del planeta para absorber esos impactos, como había ocurrido en todos los siglos del Holoceno.

La misma ciencia que fue la base de la tecnología industrial evolucionó también al grado de permitirnos, hacia la mitad del siglo XX, contar con una plataforma de conocimientos suficientemente sólida para documentar la magnitud del cambio. Todos los sistemas geofísicoquímicos del planeta que son base para la reproducción de la vida vegetal, animal y humana se han transformado de manera irreversible. Tal ha sido el impacto desatado por los procesos de industrialización y su cauda de efectos sociales, que desde finales del siglo XVIII no ha cesado y a partir de 1950 aumentó de manera drástica, como resultado del crecimiento económico y el modelo de desarrollo adoptado por todas las naciones, con ritmos y resultados evidentemente diferentes.

Ya desde 2007 Jeffrey Sachs proponía asumir la categoría del Antropoceno en la economía del desarrollo, pero vale la pena hacer un inevitablemente rápido recorrido histórico que nos lleva a entender este paradigma. Los científicos de las ciencias básicas fueron los primeros en documentar e informar, hacia mediados de 1950, sobre los efectos de la industrialización en los sistemas terrestres, particularmente en la composición química de la atmósfera y los océanos. La evidencia se fue acumulando y en menos de 10 años ya se estaban incorporando esos análisis en las reflexiones de economistas, científicos y empresarios que las acogieron para nutrir el trabajo del Club de Roma, creado en 1968 para hacer frente a los desafíos planteados por la presión demográfica frente a la producción y distribución de bienes. La disponibilidad de materias primas en cantidad y calidad suficiente comenzaba ya a ser un problema causado por el deterioro ambiental en algunos procesos productivos en los países del norte de Europa, lo

que impulsó la incorporación de los estudios sobre vínculos entre producción, crecimiento y contaminación en la agenda internacional del desarrollo. Este es el escenario en que surgen los primeros trabajos que originan la economía ambiental como disciplina que busca incorporar en el análisis económico los costos de las entonces llamadas externalidades ambientales.

El mismo año que el Club de Roma publica *Los límites del crecimiento* (1972) se realiza la reunión de Naciones Unidas en Estocolmo sobre el hábitat humano, para tratar de poner el tema del deterioro de los recursos y su relación con la pobreza en la agenda internacional. Pasó más de una década en la cual, a la par que continuaba la gran aceleración del Antropoceno, no se realizaron avances significativos en la política pública internacional que intentara poner en el centro de la discusión sobre el desarrollo los impactos ambientales de la producción de bienes y servicios. Fue después de que Paul Crutzen y colaboradores publicaran en *Nature* sus artículos sobre el adelgazamiento de la capa de ozono terrestre y su relación con la generación industrial de clorofluorocarbonos que las consecuencias globales de la contaminación empezaron a ser tema de atención pública en todo el mundo.

Las últimas tres décadas hemos visto avances y estancamientos en el posicionamiento de una agenda energética y operable de atención a las características y efectos del Antropoceno. Con mucha lentitud se han ido asumiendo los lineamientos señalados en el informe Brundtland de Naciones Unidas (1987) que dan pie al establecimiento del desarrollo sostenible como única y urgente posibilidad de seguir produciendo los bienes que necesitamos, en un mundo de recursos finitos y deteriorados y con lacerantes inequidades sociales. Las actuales generaciones han atestiguado los magros resultados de acuerdos internacionales vinculantes para algunos de los temas más urgentes para frenar la velocidad del deterioro, específicamente en la emisión de gases de efecto invernadero. Con todo, es necesario reconocer que, pese a las dificultades, este tema en particular se ha ido incorporando lentamente en la opinión pública y las plataformas políticas nacionales y regionales. Las conferencias de partes de Naciones Unidas para el cambio climático son uno de los marcos de referencia que, pese a periodos de estancamiento, nos han arrojado ya una plataforma mínima de acuerdos indispensables tras su última reunión en París de diciembre 2015. Por lo menos en el desafío global de cambio climático tenemos ya un horizonte claro de acciones a tomar, que requerirán de voluntad política y seguimiento ciudadano bien informado. El consenso científico ya existe. Y con todo, cambio climático es el menos complicado de los desafíos ambientales que enfrenta nuestra generación.

Los Límites Planetarios, la verdadera dimensión del problema

Quienes hacemos ciencia en los campos docentes, de investigación o divulgativos enriquecemos notablemente nuestra visión cuando incorporamos la práctica interdisciplinar en nuestros marcos teóricos. Un brillante ejemplo es el modelo

científico de Límites Planetarios (Planetary Boundaries), creado por un equipo internacional de especialistas de ciencias ambientales, que pese a su complejidad técnica, todos los profesionales de las ciencias sociales debemos conocer. Fue publicado por primera vez en *Nature* en 2009, revisado y corregido por prestigiados científicos, entre ellos varios premios Nobel, como el mexicano Mario Molina, coautor con Crutzen del informe sobre el deterioro de la capa de ozono en los años ochenta, y se ha mantenido actualizado, con una última presentación de los cambios más recientes en el Foro Económico Mundial de Davos en 2014.

Lo notable del modelo Límites Planetarios es que ha establecido una serie de umbrales de seguridad y techos (boundaries) para nueve indicadores de las condiciones geofisicoquímicas de la Tierra. Los umbrales representan la zona de seguridad que hace sostenible la vida de plantas, animales y todas las actividades económicas de las sociedades. Más allá de estos umbrales se cruza la frontera que ya no garantiza las condiciones de equilibrio que hemos vivido desde el inicio del Holoceno y son las que han hecho posible el desarrollo de la civilización. Es tan preciso el modelo, que ya no caben generalizaciones como la de “cuidar la ecología” o “evitar la contaminación”, y menos aún la torpe constelación de actividades dispersas con las que muchos actores de la vida pública dicen estar haciendo algo para salvar el planeta. Es tristemente irrisorio plantar cientos de árboles mientras se dilapidan recursos y energía imprimiendo propaganda política irrelevante o se esquivan políticas de fondo que arreglen de raíz los enredos del transporte urbano en nuestras ciudades. Son paisaje común en nuestras urbes latinoamericanas las faraónicas obras de infraestructura vial, alimentadas por idas y venidas de camiones de contratistas que no pasan las verificaciones mínimas de emisiones. Ahora, sabemos qué es indispensable hacer para realmente caminar en la ruta de las soluciones al deterioro ambiental.

De los nueve límites planetarios, cuatro han sido cruzados ya. Cambio climático es uno de ellos y es el sencillo de resolver, en cuanto a que ya se sabe con precisión que acciones se requieren para evitar seguir moviéndonos más allá del indicador del límite, que es una concentración de 350 ppm de dióxido de carbono en la atmósfera². Con precisión matemática, expresable por la asistencia de la misma ciencia que nos da descubrimientos como los del LIGO, ya sabemos qué cambios rápidos deben realizarse en el modo como administramos nuestras complejas civilizaciones. Y es que esto es otro de los aportes del modelo referido, que dialoga constantemente con campos interdisciplinarios de ciencias sociales. No se trata de poner límites al crecimiento, base material para el desarrollo, ni menos aún de que este se realice sin límites, como ocurrió desde el siglo XIX, sino de crecer dentro de los límites, que ya se conocen con precisión.

Para la economía ambiental, en tanto disciplina abocada a estudiar la incorporación en el mercado del valor de bienes y servicios provistos por los ecosistemas, para superar la idea de que por no tener un precio pueden usarse

² La concentración detectada por NASA en Enero 2016 fue de 406 ppm.
<http://climate.nasa.gov/vital-signs/carbon-dioxide/> consultado el 6 de marzo, 2016.

indiscriminadamente, el modelo de Límites Planetarios provee una excelente base científica para orientar las discusiones respecto a la correcta forma de asignación de valor y precio de nuestro uso de los recursos naturales. Puesto que precisamente la economía ayuda a ordenar de forma más eficiente la producción y distribución de los bienes que necesitamos, esto es, promover el crecimiento racional, el conocer que hay límites físicos concretos a la utilización de los recursos del planeta permite hacer más realista el ordenamiento.

Evidentemente, la economía sola no dicta agendas a los actores políticos, ni los consumidores siguen siempre las prospectivas que proveen los economistas para orientar sus decisiones de compra o ahorro. Nuestro complejo circo de múltiples pistas que es la realidad de razones y pasiones que forman el horizonte humano ha mostrado ser especialmente refractaria a los dictados meramente racionales. No por ello, empero, hemos cejado en nuestra evolución cultural durante los últimos 2,500 años de romper lanzas por el uso de la razón como medio privilegiado para descubrir la vida buena, más allá de hedonismos ramplones o altamente sofisticados. Y en esta era que para algunos les ha parecido de excesiva racionalización, expresada en el culto a la tecnología, parece que hay las condiciones para echar mano de esa otra rica esfera de la inteligencia que se ha expresado en las humanidades y hoy nos parecen no sólo oportunas sino indispensables para guiar nuestra ruta en el Antropoceno y mantener nuestras civilizaciones desarrollándose sin traspasar los Límites Planetarios.

Humanidades para entender, para sentir y para actuar

Quienes además de investigar nos dedicamos a la docencia, sabemos que nuestros alumnos han heredado un horizonte educativo que, en general y seguramente con sus valiosas excepciones, ha tendido por años a la parcelización del conocimiento. En el mejor de los casos nuestros estudiantes buscan dominar sus disciplinas, muchas veces con debilidades básicas que se han ido heredando, particularmente en las necesarias habilidades de comprensión lectora, expresión escrita y cálculo, hecho bastante documentado año tras año en los informes de la OCDE y que no es difícil constatar en el quehacer aúlico.

No sería del todo justo cargar toda la responsabilidad en los hombros de esas mujeres y hombres jóvenes que serán los profesionistas futuros (la generación que debe crear un buen Antropoceno). La banalización de contenidos e indiferencia hacia la alta cultura que campea en los medios es el campo donde deben abrirse paso nuestros esfuerzos reales por incitar al pensamiento profundo y problematizador, único medio para la comprensión de los problemas arriba descritos. El desafío evidentemente no es nuevo. Cada época de la historia lo ha enfrentado con sus distintas circunstancias.

En el medio académico latinoamericano en particular nos ha gustado muchas veces hacernos las cosas difíciles con nuestra proclividad a las adhesiones ideológicas de uno y otro cuño. Pasiones que, lanza de hartas lecturas en ristre,

denotan buena formación, aceptable intención y la notoria ausencia de paso por el Renacimiento y la Ilustración que nos caracteriza de El Bravo a Tierra del Fuego, pasando por el Magdalena. Buena parte de nuestros connacionales en la Patria Grande no han tenido oportunidad de abreviar de la rica y profunda fuente del pensamiento latinoamericano sólido y riguroso, aquel que no se limita a interpretaciones victimistas o acusatorias, sino que ha intentado encontrar en nuestras peculiaridades culturales la savia rica que nutra el presente y nos haga fecundos en el futuro.

Los humanistas latinoamericanos han gozado de más honores de bronce que de lectores. Su nombre figura en escuelas y bibliotecas -cuando no son suplantados por la progenie del gobernador de la provincia-, pero no en las bibliografías de los cursos universitarios, ámbito exclusivo y excluyente de las corrientes de moda en las disciplinas profesionales. Evidentemente, es indispensable conocer lo más actualizado del campo de estudio, que en realidad suele estar más bien en las publicaciones periódicas a las que basta con suscribirse vía internet, pero se extraña el saber templado en el crisol de la reflexión pausada, que con singular vigor desplegaron los escritores de las generaciones previas al boom de narrativa latinoamericana.

En parte, esta permanencia en el panteón cultural (es decir, al menos el nombre de esos autores les parece conocido a la mayoría de las personas que saben leer y escribir) y el simultáneo destierro bibliográfico, se debió a títulos de “retrógradas” y “conservadores” que les endilgaron intelectuales de generaciones posteriores, más entrenados en ver el detalle que la fotografía completa. A los humanistas latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX se les calificó de imprecisos en el método, bien intencionados pero ineptos para el rigor que las ciencias sociales demandan y con suspicacia se miraba su eurocentrismo y helenofilia, adjudicándoles fijar su mirada glorias pasadas sin ver la vorágine histórica que en nuestra tierra de extremos nos lanzaba a revolucionar estructuras y a alzar la voz por los que no tienen voz y demás retórica telúrica, bien aderazada con kilos de libros, de autores formados en Europa (también).

Tenemos entonces un Antropoceno cocinándose a aproximadamente 14.5 grados promedio de temperatura terrestre, con sensatamente fundadas estimaciones de subir dos grados más en lo que resta del siglo y las consecuencias de desestabilización climática bien documentadas que producirán dislocaciones en el modo que vivimos. Tenemos también una población global de más de siete mil millones de habitantes que dentro de 35 años estará cercana a los 9 mil millones, poniendo mayor presión sobre la disponibilidad de los recursos. Hay generaciones nuevas, cada vez más conectadas a la información, que serán responsables de gestionar los cambios civilizatorios que permitan continuar construyendo nuestra historia en un espacio seguro y habitable para todos. ¿Qué de relevante pueden decirnos las humanidades latinoamericanas?

Por seguir el principio pedagógico de “No el mucho saber satisface al alma, sino gozar internamente de las cosas” centrémonos en calidad más que cantidad,

examinando parte del legado de un autor que ya consideramos clásico de las humanidades en nuestro continente para exponer porqué esta forma de pensar es un referente necesario para guiar nuestro paso por las décadas de este siglo.

¿Bajo qué formas concretas los escritos de los humanistas latinoamericanos son pertinentes para la juventud actual y los que hacemos ciencias sociales, particularmente en los escenarios de Antropoceno y Límites Planetarios que describimos en la primera parte de este ensayo? En primer lugar, el cultivo de la erudición constituye una raíz posibilitadora de una democracia fecunda, indispensable para los arreglos institucionales que diseñen políticas verdaderamente pertinentes y orientadas al futuro. Tras décadas de una lánguida vida democrática, a caballo entre los populismos y los gobiernos con visiones de corto plazo, las sociedades en nuestro continente bien podrían dejar de culpar a la televisión por el achatamiento intelectual y tomar en sus manos su propia formación. La gran enseñanza de las humanidades, desde el Renacimiento, es que posibilitan la apertura al conocimiento. Basta que la voluntad individual busque los medios, por muy limitados y escasos que sean. Sí, hay inercias; sí, hay estructuras temporales que dificultan el aprendizaje, pero me es difícil pensar en escenarios más complicados que los años de prisión que Nelson Mandela pasó como preso político, aislado en Robben Island, privado de periódicos, y cómo la lectura aislada de El correo de la UNESCO no sólo le mantuvo activo intelectualmente, sino que aprendió que pese a la adversidad, un nuevo mundo se estaba gestando más allá del apartheid.

En segundo término, los escritos del humanismo latinoamericano constituyen una clara, bien fundamentada guía moral para la democracia, la construcción de instituciones y la innovación. Los sólidos estudios literarios de estos autores son pródigos en ejemplos de lo que puede ser la vida buena, y la buena pluma, empeñada en la claridad expositiva, ha pasado desapercibida por generaciones, confundiéndola gravemente con simplismo metodológico. Sí, nuestras sociedades han cambiado; los retos son nuevos y más graves, pero la naturaleza humana permanece, nuestras pasiones y afectos son añejos como la evolución. Nuestros entornos han cambiado pero la ira, la avaricia, la generosidad y el sacrificio siguen siendo objetos de diálogo para nuestra inteligencia. Cuando esto se entiende a través de la lectura paciente aparece un brillante caleidoscopio de caminos novedosos para mirarnos a los hombres y mujeres de las sociedades latinoamericanas de hoy.

Con diafana lucidez lo vemos en Alfonso Reyes. Propuso en ensayos y artículos periodísticos para América la apropiación de la visión poética, la de crear la sociedad “que podía ser”, más allá de la que debía ser. Este ejercicio de imaginación que recoge lo mejor de nuestro carácter pero lo finca en valores occidentales y la antigüedad clásica, no constituyó un programa político sino savia que fecunda el ejercicio de lo público, el análisis académico y la investigación social. No se trata de describir la realidad, sino de inventarla. Y un pensamiento bien estructurado es condición de posibilidad para una imaginación fértil.

Reyes también nos legó un maravilloso escrito, asombroso por su brevedad y sencillez expositiva pero insustituible en su hondura y pertinencia social. La *Cartilla moral*, publicada en 1944, en medio del fragor de la barbarie nazi, es una síntesis de la evolución cultural humana y las razones para implementar sistemas económicos, políticos y sociales que estén orientados a la construcción del bien común. Sin ingenuidades y sin grandilocuencia, las bases para diseñar nuevos sistemas de producción de bienes y servicios, instituciones democráticas e incluyentes y modelos educativos que pongan cimientos reales para la equidad, es decir, la base moral para construir un buen Antropoceno, se encuentran explicadas en este libro de una cincuentena de páginas.

Abreviar en la obra de los humanistas latinoamericanos, legado universal pero particular heredad nuestra, nos ayuda a entender mejor la realidad. Al enriquecer nuestra sensibilidad hacia las artes y la literatura también fortalece por un lado nuestra empatía hacia el género humano y alimenta nuestro sentido de esperanza. Imaginar el mundo como puede ser. Y de ahí, abrir pistas para la acción, con visión abierta, universal, orientada al futuro pero bien plantada en la historia.

Algunas conclusiones y pistas para seguir la conversación

Si bien cualquier biblioteca universitaria debe albergar varios títulos de los autores referidos en este ensayo (es posible que no sean de los textos con mayor circulación), el acceso también es posible a través de internet. No hay por tanto, impedimento material para acometer esta noble tarea de enriquecer nuestra visión disciplinar dialogando con las humanidades latinoamericanas. Será de gran provecho para la creación de la plataforma científica de las ciencias colaborativas, cuya necesidad hemos explicado, que nos formulemos como propósito el renacimiento de un humanismo que aspire a la erudición, para brindar una base reflexiva y un horizonte en una sociedad cada vez más compleja y más necesitada, ineludiblemente, de innovación tecnológica, en diálogo constante con la inteligencia moral.

En el congreso llamado The Urban Age, celebrado en Delhi en 2014, uno de los temas más comentados fue la plataforma tecnológica llamada SmartCities (nombre patentado por IBM), que se ha convertido en bandera de muchos gobiernos como panacea para resolver, a través de la tecnología digital, los problemas de movilidad que han causado años de no atender las dimensiones políticas y sociales del caos del transporte público y privado. Fue muy oportuna la intervención de uno de los asistentes, quien señaló: “Sí, pero las ciudades inteligentes necesitan cerebros”, aludiendo a la inteligencia y voluntad humanas que, bien orientadas, sí pueden dar cauce y explotar al máximo la innovación tecnológica.

Queda abierta esta invitación para que la economía, sociología, antropología, derecho, politología, relaciones internacionales y todas las disciplinas que les son afines estudien a profundidad los escenarios que plantea el modelo de Límites

Planetarios y las características del Antropoceno. Ignorar estos marcos de referencia impedirá entender las dimensiones reales del estado de los complejos sistemas terrestres y todas las cosas que dependen de ellos (y aquí sí, valga la redundancia, son **todas las cosas**). Igualmente, quedamos invitados todos a redescubrir a los humanistas latinoamericanos para enriquecer la pertinencia de nuestras ciencias en el siglo más decisivo en la evolución de la humanidad.

Referencias bibliográficas

Benítez Aguilar, Alejandro. Cultura, extensión y conversación, en Cuamea F. Y Méndez H. *Universidad, ciencia y cultura*. Universidad Autónoma de Baja California. Tijuana. 2104.

Henríquez Ureña, Pedro. *Estudios mexicanos*. Fondo de cultura económica. México. 1984.

Reyes, Alfonso. *La cartilla moral*. Fondo de cultura económica. México. 1994.

Reyes, Alfonso. *Ensayos sobre la inteligencia americana. Antología de textos filosóficos*. Tecnos. Madrid. 2002.

Reyes, Alfonso. *Visión de Anáhuac y otros ensayos*. Fondo de cultura económica. México. 2004.

Rockstrom, Johan et al. A safe, operating space for humanity, en *Nature*, vol. 45, 24 Septiembre, 2009.

Sachs, Jeffrey. Survival in the Anthropocene. Reith lecture 2007. En <http://www.bbc.co.uk/programmes/b00776tp> consultado el 3 de Marzo, 2016.